

la, no acertaba sino a exclamar: *Señor, ¿quién como tú?* (Sal. 34, 10) ¿Qué grandeza podrá hallarse semejante a la vuestra? Ni ¿cómo la habría de comprender David, si tenía entendimiento finito y la grandeza de Dios es infinita? *Es grande el Señor — y digno de alabanza en gran manera, — y la grandeza de El es insondable* (Sal. 144, 3). *¿Por ventura los cielos y la tierra no llenos?* (Jr. 23, 24), dice Dios. De suerte que, hablando a nuestro modo de entender, nosotros no somos más que insignificantes pececillos que vivimos sumergidos en el inmenso mar de la esencia divina: *En El vivimos, nos movemos y existimos* (Act. 17, 28).

¿Qué somos, pues, con respecto a Dios? Y ¿qué todos los hombres, todos los monarcas terrenos y aun todos los santos y ángeles del cielo, comparados con la infinita grandeza de Dios? Mucho menos que un granito de arena respecto de toda la tierra: *He aquí que los pueblos son como gotas de un cubo, — y como polvillo en la balanza son reputados* (Is. 40, 15). *Todos los pueblos son como nada delante de El.*

Pues bien, este Dios tan grande se hizo niño, y ¿para qué? *Un niño nos ha nacido.* Que ¿para qué?, responde San Ambrosio. Pues para hacernos grandes; permitió que le fajaran con pañales para librarnos de las cadenas de la muerte y bajó a la tierra para llevarnos al cielo.

He aquí, pues, al Inmenso hecho niño; aquel que no cabe en los cielos vedlo envuelto en pobres pañales, acostado en una gruta, sobre un pesebre y entre pajas que le sirven de lecho y de almohada. Mira, exclama San Bernardo, al Dios que todo lo puede, fajado de tal modo que no se puede mover; al Dios que todo lo sabe, privado de la palabra; al Dios que rige cielos y tierra, reducido a la necesidad de ser llevado en brazos; al Dios

que alimenta a hombres y animales, necesitado de un poquito de leche para su sustento; al Dios que consuela a los afligidos y es gozo del paraíso, gimiendo, llorando y buscando quien lo consuele.

En suma, dice San Pablo que el Hijo de Dios, al venir al mundo, *se anonadó a sí mismo*, y ¿por qué? Para salvar al hombre y para ser amado por él. Sí, dice San Bernardo, donde te aniquilaste, allí brilló más tu compasión y tu caridad. En efecto, querido Redentor mío, cuando mayor fue tu anonadamiento, haciéndote hombre y naciendo niño, tanto mayor fue tu misericordia y el amor que nos mostraste para ganarte nuestros corazones. Si bien los hebreos tenían claro conocimiento del verdadero Dios, con tantos milagros presenciados, con todo, no estaban plenamente satisfechos, y deseaban verlo cara a cara. Dios halló el medio de satisfacer este deseo de los hombres haciéndose hombre para manifestárseles visible. Y para hacerse más querido de nosotros quiso darse a ver la primera vez como niño, para que de este modo nos fuese su vista más grata y amable. Se humilló hasta hacerse ver como niño, para tornarse con tal anonadamiento más grato a nosotros. Y, en efecto, éste era el medio más propio para hacerse amar de nosotros.

Razón tuvo el profeta Ezequiel al decir, ¡oh Verbo encarnado!, que el tiempo de vuestra venida a la tierra debía ser tiempo de amores, tiempo de amantes. Y ¿por qué nos amó tanto Dios y nos manifestó de tantas maneras su amor, sino para ser amado de nosotros? Antes lo había dicho el Señor: *Y ahora, Israel, ¿qué te pide Yahveh, tu Dios, sino que le temas, sigas todos sus caminos y lo ames?* (Dt. 10, 12).

Para obligarnos a amarlo, no quiso enviar a nadie más que El mismo, haciéndose hombre, quiso venir a

redimírnos. San Juan Crisóstomo trae una bella consideración acerca de aquellas palabras del Apóstol: *No son los ángeles a quienes alarga la mano, sino el linaje de Abrahán es a quien alarga la mano*. Pregunta el Santo: ¿Por qué no dijo *suscepit* (recibió), sino *apprehendit* (tomó)? Porque San Pablo no dice simplemente que Dios tomara carne humana, sino que dice que la tomó como a la fuerza, que eso significa la palabra *apprehendit* (tomó). Y añade que se expresó así, conforme a la metáfora de quienes persiguen a quienes huyen, como para dar a entender que Dios deseaba ser amado de los hombres, que le volvían las espaldas y ni siquiera querían reconocer su amor; de ahí que el Señor bajara del cielo y tomara carne humana, para hacerse así conocer y amar como a la fuerza por el hombre ingrato que huía de El.

Por esto, pues el Verbo eterno se hizo hombre, y por esto también se hizo niño. Podía haber venido como hombre perfecto, como el primer hombre, Adán, pero no; el Hijo de Dios quiso dejarse ver en forma de gracioso niño para atraerse más presto y con más fuerza su amor. Los niños se hacen amar por sí mismos y se atraen el afecto de cuantos los miran. Por eso dice San Francisco de Sales que el Verbo divino se dejó ver como niño, para cautivarse el amor de todos los hombres. Y San Pedro Crisólogo escribe: «Vino como debió venir quien quiso desterrar el temor y buscar la caridad. Esta infancia, ¿qué barbarie no vence, qué dureza no ablanda, qué amor no pide? Así, pues, quiso nacer el que quiso ser amado y no temido». Si nuestro Salvador, parece decir el Santo, hubiese pretendido con su venida hacerse temer y respetar de los hombres, habría tomado, desde luego, la forma de hombre perfecto y rodeado de la dignidad real; mas, como

venía a ganarse nuestro amor, quiso aparecer como niño, y el más pobre y humilde de todos los niños, nacido en fría gruta, en medio de dos animales, colocado en un pesebre y recostado sobre paja, sin pañales suficientes y sin fuego para calentarse. «Así quiso nacer el que quiso ser amado y no temido».

¡Ah, Señor mío!, y ¿qué otra cosa os movió a dejar el trono del cielo y nacer en una gruta, sino el amor que profesáis a los hombres? ¿Quién os movió a permanecer en un establo, dejando la diestra del Padre, en que estabais sentado? ¿Quién os movió a yacer sobre la paja, dejando el reinado de las estrellas? ¿Quién os movió a la compañía de dos animales, dejando el centro de los ángeles? Tan sólo el amor. Vos inflamáis a los serafines, y ¿ahora tembláis de frío? Vos sostenéis los cielos, y ¿ahora necesitáis ser llevado en brazos? Vos proveéis de alimento a los hombres y animales, y ¿ahora necesitáis un poquito de leche para sostener la vida? Vos hacéis bienaventurados a los santos, y ¿ahora lloráis y gemís? ¿Quién os redujo a tamaña miseria? Tan sólo el amor. «Así quiso nacer el que quiso ser amado y no temido».

Amad, pues, amad, ¡oh almas!, exclama San Bernardo, a este Niño amabilísimo: «Grande es el Señor y muy digno de alabanza. Pequeño es el Señor y muy digno de amabilidad». Sí, este Dios, dice el Santo, era ya desde la eternidad, como lo es al presente, digno de toda alabanza y respeto por su grandeza, como cantó David: *Grande es el Señor y muy digno de alabanza*. Mas ahora que lo vemos trocado en niño pequeñito, necesitado de leche, sin poderse mover, tiritando, gimiendo y llorando, buscando quien lo tome, lo caliente y lo consuele, ¡cuán amable se ha hecho a nuestros corazones! «Pequeño es el Señor y muy digno de amabilidad».

Habíamos de adorarlo como a Dios, pero nuestro amor había de igualar a nuestra reverencia hacia un Dios tan amable y tan amante.

«El niño se entretiene agradablemente con los niños, con las flores y en los brazos», nota San Buenaventura. Si deseamos agradar a este Niñito, quiere decir el Santo, precisa que también nosotros nos hagamos niñitos, sencillos y humildes; obsequiémosle con flores de virtudes, de mansedumbre, de mortificación, de caridad; estrechémosle amorosamente en nuestros brazos.

«Y ¿qué más esperas ver, ¡oh hombre!, añade San Bernardo, para darte del todo a Dios? Mira con cuánto trabajo y con qué ardiente amor vino del cielo tu Jesús a buscarte». ¿No oyes, continúa, cómo apenas nacido te llama con sus infantiles vagidos, cual si dijese: Alma mía, te busco; por ti y para merecer tu amor bajé del cielo a la tierra?

Conque los mismos animales, luego que les favorecemos con el más insignificante beneficio, el más pequeño regalillo, vienen presto a nosotros, nos obedecen a su modo y se alegran al vernos, y nosotros ¿seremos tan ingratos para con Dios, que se nos dio a sí mismo, que bajó del cielo a la tierra y que se hizo niño para salvarnos y para que le amásemos? ¡Amemos al Niño de Belén!, como exclamaba el enamorado San Francisco de Asís; amemos a Jesucristo, que con tantos trabajos ha buscado conquistarse nuestros corazones.

II

Y por amor a Jesucristo debemos amar también a nuestros prójimos, aun a quienes nos hayan ofendido.

Isaías llamó al Mesías *Padre Eterno*; para ser, pues, hijos de este Padre, el mismo Jesús nos amonesta que debemos amar a nuestros enemigos y hacer bien a quien nos haga mal: *Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigue, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt. 5, 14). De ello nos dio ejemplo sobre la cruz, rogando al Eterno Padre perdonara a quienes lo crucificaban. Quien perdona al enemigo, dice San Juan Crisóstomo, no puede menos de ser perdonado por Dios, pues nos asiste la divina promesa: *Absolved y seréis absueltos*. Perdonad y seréis perdonados. Cierta religioso, cuya vida no había sido muy ejemplar, lloraba en la muerte sus pecados, pero con mucha confianza y alegría, pues decía que nunca se había vengado; como si dijese: Cierta que ofendí al Señor, pero El prometió perdonar a quien perdonara a sus enemigos; yo perdono a quienes me ofendieron, por lo que debo estar seguro de que Dios también me perdonará a mí.

Y, hablando en general de todos los pecadores, ¿cómo desconfiaremos de obtener el perdón si pensamos en Jesucristo? El Verbo eterno se humilló hasta revestirse de carne humana para alcanzarnos perdón de Dios: *No vine a llamar justos, sino pecadores*. Digámosle, pues, con San Bernardo: «En tu anonadamiento resplandeció la compasión y la caridad». Santo Tomás de Villanueva nos excita a la confianza, diciendo: «¿Qué temes, pecador? ¿Cómo te condenaría, cuando te arrepientes, el que murió para que no te condenaras? ¿Cómo te rechazaría, cuando vuelves, el que del cielo bajó a buscarte?»

No tema, pues, el pecador que quiere dejar el pecado, deseoso de amar a Jesucristo; no se espante, sino más bien confíe; si odia el pecado y busca a Dios, no se

aflija, antes alégrese: *Y el corazón se alegre— de los que al Señor andan buscando* (Sal. 104, 3). El Señor protesta que quiere olvidar las injurias recibidas, si el pecador se arrepiente de ellas: *Si el impío se convierte de todos sus pecados..., ninguno de los pecados que cometió le será recordado* (Ez. 17, 21-22). Y, para inspirarnos mayor confianza, nuestro Salvador se hizo niño. «¿Quién teme llegarse a un niño?», prosigue Santo Tomás de Villanueva. Los niños no inspiran temor ni espanto, sino dulzura y amor. «El niño no entiende de iracundias, y si enfada, fácilmente se aplaca», expone San Pedro Crisólogo. Los niños se diría que no saben enojarse, y, si a las veces tienen sus rabietillas, fácilmente se les aplaca: basta darles una fruta, una flor, hacerles una caricia, dirigirles alguna palabrilla afectuosa, y al instante perdonan y se olvidan de la ofensa recibida. Una sola lágrima de dolor, un solo arrepentimiento del corazón bastan para aplacar a Jesús Niño. «Ya conocéis la idiosincrasia infantil, prosigue Santo Tomás de Villanueva; con una lagrimilla se aplaca si es ofendido y se olvida de la injuria. Acercaos, pues, a Él, ya que es niño y parece haber depuesto su divina majestad». Depuso su majestad divina y se dejó ver como niño para animarnos a echarnos a sus pies. «Nace niño, añade San Buenaventura, para que no receles de su poder ni de su justicia». Y Gerson le dice: «¡Oh Dios!, ocultaste tu sabiduría tras la edad infantil, para que no nos acusase de nuestros delitos; tu justicia tras la humildad, para que no nos condene; tu poder tras la debilidad, para que no nos castigue».

Nota San Bernardo que Adán, después del pecado, al oír la voz de Dios que lo llamaba: *¿Dónde estás?*, contestó, lleno de temor: *Oí el ruido* (de tus pasos) *en el vergel, y temeroso, porque estoy desnudo, me es-*

condí (Gen. 3, 10). Pero el Verbo encarnado, añade el Santo, al hacerse hombres, nada conserva que nos inspire terror. «No temas, añade, que Él viene no a castigarte, sino a salvarte». «Mira, continúa, que es niño y no tiene voz que te amedrente; pues la voz del niño causa compasión más que temor; conquie la madre faja sus manecitas, ¿y aun temes tú?»

Alegraos, pues, pecadores, exclama San León, que al nacimiento de Jesús trae el nacimiento de la paz: no en vano el profeta Isaías le llama Príncipe de la paz. Jesucristo es príncipe, no de venganza contra los pecadores, sino de misericordia y de paz, haciéndose mediador para restablecer la paz entre Dios y los pecadores. «Si somos incapaces de satisfacer a la divina justicia, dice San Agustín, el Eterno Padre no despreciará la sangre de Jesucristo, que satisface por nosotros».

Cierto caballero, llamado don Alfonso de Alburquerque, en una travesía marina, se dio casi por muerto al verse naufragado entre escollos, cuando de pronto oyó llorar a un niño, lo tomó en brazos, lo alzó al cielo y exclamó: «Señor, si yo no merezco ser oído, escuchad al menos los gemidos de este inocente niño y salvadnos». Terminada la oración, calmóse la tempestad y desapareció el peligro. Obremos también nosotros así, miserables pecadores que hemos ofendido a Dios y fuimos condenados a muerte eterna. La justicia divina quiere con todo derecho ser satisfecha. ¿Qué haremos? ¿Desesperar? ¡Ah!, no. Ofrezcamos a Dios este tierno niño, hijo suyo, y digámosle confiadamente: ¡Señor, si no podemos satisfacer por las ofensas que os hemos hecho, aquí tenéis este niño que gime y llora y tiembla de frío en la paja de una gruta, donde satisface por nosotros y os demanda piedad. Si nosotros no merecemos perdón, lo merecen los padecimientos y lágrimas de este vuestro

inocente Hijo, que os ruega nos perdonéis. Esto nos exhorta a hacer San Anselmo al decir que el mismo Jesús, por el deseo que tiene de no vernos abandonados a nuestra perdición, habla así a quien se siente culpable ante Dios: «No desconfíes, pecador; aun cuando por tus pecados seas reo del infierno y no halles medio de librarte de él, tóname a mí, ofréceme a mi Padre y de este modo te librarás de la muerte y te salvarás». ¿Se puede imaginar mayor misericordia?, pregunta el santo Doctor. La divina Madre enseñó lo mismo a sor Francisca Farnesio, en cuyos brazos puso al Niño Jesús, diciéndole: Aquí tienes a este mi Hijo; procura aprovecharte de la ocasión para ofrecerlo a menudo a Dios».

Y, si queremos asegurar más nuestro perdón, interpongamos la intercesión de esta misma divina Madre, que es omnipotente con su Hijo para alcanzar el perdón de los pecadores, como asegura San Juan Damasceno. Las oraciones de María, en sentir de San Antonino, tiene para con su Hijo, que tanto la ama y tanto mira por su honor, fuerza de mandato. Por lo que San Pedro Damiano escribe que cuando María suplica alguna gracia a su Hijo en favor de cualquier devoto suyo, se acerca, en cierto sentido, mandando y no rogando, como señora y no como sierva, pues su Hijo la honra no negándole cosa alguna. Por lo que añade San Germán que la Santísima Virgen, en virtud de la autoridad que tiene, o por mejor decir, que tuvo un tiempo en la tierra, puede alcanzar el perdón aun a los más perdidos pecadores.

Afectos y súplicas

¡Oh dulce, oh amable, oh santo Niño mío!, para haceros amar de los hombres, nada perdonasteis, pues

de Hijo de Dios os trocasteis en hijo del hombre y entre los hombres quisisteis nacer como todos los niños, si bien más pobre y humillado que los demás, eligiendo por casa una cuadra, un pesebre por cuna, un poco de paja por lecho. Quisisteis aparecer la primera vez ante nosotros cual pobrecito niño, para cautivar nuestros corazones desde vuestro nacimiento; y luego, durante toda vuestra vida, continuasteis dándonos cada vez mayores pruebas de amor, hasta elegir muerte desangrada y envilecida sobre un infame madero. Y ¿cómo es posible que hayáis encontrado tanta ingratitud en la mayoría de los hombres, pues son tan pocos los que os conocen y más pocos aún los que os aman? ¡Ah, Jesús mío!, entre estos pocos quiero contarme yo. Os desprecié en lo pasado y, olvidado de vuestro amor, atendí sólo a mis satisfacciones, sin preocuparme de vos ni de vuestra amistad. Pero ahora reconozco el mal que os hice, del que me arrepiento y detesto con todo mi corazón. ¡Niño mío y Dios mío!, perdonadme por los méritos de vuestra santa infancia. Os amo, y os amo tanto, Jesús mío, que, aun cuando todos los hombres se separaran de vos y os abandonasen, yo os prometo no abandonaros, aunque tuviese que perder mil veces la vida. Comprendo que esta luz y esta buena voluntad que ahora tengo me las habéis dado vos, por lo que os agradezco, amor mío, y os ruego me las conservéis con vuestra gracia. Con todo, ya conocéis mi flaqueza y sabéis las veces que os traicioné; por piedad, no me abandonéis, pues sería peor que en lo pasado. Permitid que os ame mi pobre corazón, que un tiempo os menospreció, pero que ahora se ha enamorado de vuestra bondad, divino Niño.

¡Oh María, gloriosa Madre del Verbo encarnado!, no me abandonéis, pues sois madre de la perseverancia y dispensadora de las gracias. Ayudadme, y

ayudadme siempre. Con vuestra ayuda, ¡oh Esperanza mía!, espero ser fiel a Dios hasta la muerte.

38. EL VERBO ETERNO, DE SEÑOR SE HIZO ESCLAVO

Se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo (Fil. 2, 7).

Considerando San Zacarías la gran misericordia de Dios en la obra de la redención humana, tuvo razón de exclamar: *Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque visitó y rescató a su pueblo* (Lc. 1, 68), para que, libres de las cadenas del pecado y de la muerte, con las que nuestros enemigos nos tenían esclavizados, podamos en adelante sin temor, después de adquirida la libertad de hijos de Dios, servir y amar al Señor en esta vida, para ir luego a poseerle y disfrutar eternamente de su presencia en el reino de los bienaventurados, que, cerrado antes a los hombres, al fin se nos ha abierto por nuestro Salvador.

Todos éramos esclavos del infierno, pero el Verbo eterno, nuestro supremo Señor, ¿qué hizo para librar-nos de tamaña esclavitud? *De señor se hizo siervo*. Consideremos la gran misericordia y el amor inmenso que nos ha patentizado con este prodigioso beneficio, y antes pidamos las luces necesarias a Jesús y a María.

I

Dios es el Señor de cuanto hay y puede haber en el universo: *En tus manos está el universo entero* (Est.

13, 9-10), *pues tú hiciste el cielo y la tierra*. ¿Quién podrá negar a Dios el supremo dominio de todas las cosas, si es el Creador y conservador de cuanto existe? *Y sobre su manto y sobre su muslo lleva escrito un nombre: Rey de reyes y Señor de señores* (Ap. 19, 16). Las palabras *en su muslo* quieren decir, según Maldonado, que los monarcas terrenos están revestidos de su majestad tan sólo exteriormente y por don y favor del supremo Rey, que es Dios, mientras que Dios es Rey por naturaleza, de suerte que no puede dejar de ser el Rey y Señor de todas las cosas.

Ahora bien, este Monarca supremo reinaba sobre los ángeles del cielo y sobre toda criatura, pero no reinaba sobre los corazones de los hombres, que gemían miserablemente bajo la esclavitud del demonio. Sí; este tirano, antes de la venida de Jesucristo, era el señor que se hacía adorar como Dios, exigiendo inciensos y sacrificios, no sólo de animales, sino también de los propios hijos y vidas propias. Y a cambio, ¿qué es lo que este enemigo, este tirano, les daba y cómo los trataba? Atormentándoles el cuerpo con extremos de barbarie, cegándoles el espíritu y llevándoles por caminos dolorosos a su eterna perdición. A abatir a este tirano descendió el Verbo divino a la tierra y a libertar a los hombres de su desgraciada servidumbre, para que, libres los pobrecitos de las tinieblas de la muerte, rotas las cadenas con que el bárbaro los tenía oprimidos e iluminados en el camino de su salvación, sirvieran a su legítimo Señor, que los amaba como padre y de esclavos de Lucifer quería hacerlos sus queridos hijos, para *que sin temor, liberados de mano de nuestros enemigos, le sirvamos* (Lc. 1, 74).

Predijo Isaías que nuestro divino Redentor había de destruir el imperio del demonio sobre los hombres:

La vara de su preboste has quebrado. Y ¿por qué llamó el profeta al demonio preboste? En sentir de San Cirilo, porque este bárbaro jefe suele exigir de sus esclavos, los pobres pecadores, los más enormes tributos pasionales, rencores, desordenados afectos, con que los va encadenando cada vez más, al paso que los atormenta bajo su yugo. Vino, pues, nuestro Salvador a libertarnos de la esclavitud de tal enemigo; pero ¿cómo y de qué manera nos libertó? Ved aquí lo que hizo, dice San Pablo: El cual (Cristo Jesús), subsistiendo en la forma de Dios, no consideró como una presa arrebatada el ser al igual de Dios, antes se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres (Fil. 2, 5). El era, dice San Pablo, el Unigénito de Dios, igual al Padre, eterno como el Padre, omnipotente como el Padre, inmenso, sapientísimo, felicísimo y supremo Señor de cielos y tierras, de los ángeles y de los hombres, como el Padre; pero, por amor al hombre, se humilló hasta tomar forma de esclavo, revistiéndose de carne humana y asemejándose a los hombres, y porque éstos, por sus pecados, se habían hecho esclavos de Satanás, tomó su humana naturaleza para rescatarlos, satisfaciendo con sus penalidades y muerte a la divina justicia por la pena que ellos merecían. ¡Ah!, si la santa fe no nos lo asegurara, ¿quién osaría creerlo?, ¿quién lo esperaría o quién se hubiera jamás atrevido a imaginarlo? Pero la fe nos lo enseña y nos asegura de que el Hijo de Dios, sumo y supremo Señor de todas las cosas, se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo.

Nuestro Señor, haciéndose esclavo, quiso comenzar desde su infancia a despojar al demonio del imperio que ejercía sobre los hombres, según lo había predicho Isaías: *Ponle por nombre Majer-salal-jasbaz,*

esto es, explica San Jerónimo, que nunca tolere el reino del demonio. Ved, pues, cómo Jesús, no bien nacido, dice el venerable San Beda, comienza por declararse siervo para alcanzar nuestra liberación de la esclavitud del infierno, registrándose como súbdito del César y sometándose a la ley del censo. Vedlo cómo en señal de servidumbre, para pagar nuestras deudas con su servidumbre, se deja desde niño ligar con fajas, símbolo de las cuerdas con que un día había de ser atado por los verdugos, que le conducirían a la muerte. Dice San Zenón que el Señor permitió le fajaran porque venía a pagar las deudas del mundo. Vedlo cómo se somete y obedece en toda su vida a una humilde virgen y a un hombre. Vedlo más tarde, cual simple criado, en la pobre casa de Nazaret, obedeciendo a María y a José, preparando la madera para que éste la trabajara, recogiendo las virutas para el fuego, barriendo la casa, acarreando agua, abriendo y cerrando la carpintería; en suma, dice San Basilio, que, siendo María y José pobres y habiendo de vivir de su trabajo, Jesucristo, para ejercitar la obediencia y demostrarles el respecto y sumisión que como a superiores les profesaba, procuraba desempeñar todos los trabajos que humanamente podía ejercer. ¡Un Dios sirviendo! ¡Un Dios fatigándose! Esta sola reflexión debería abrasarnos y consumirnos de amor.

Cuando empezó nuestro Salvador la predicación, hízose siervo de todos, declarando que no había venido a ser servido, sino a servir. Como si dijera, comenta Cornelio Alávide: «Me conduje y me conduzco como siervo de todos, a quienes quiero servir». Por eso dice San Bernardo que nuestro Señor Jesucristo al fin de su vida no se contentó con tomar simplemente la forma de siervo, sometándose a los demás, sino que quiso

parecer como ínfimo esclavo, para ser tratado como tal y pagar la pena de que éramos merecedores como esclavos del infierno por el pecado.

Ved finalmente, dice San Gregorio Niceno, que el Señor del universo, cual súbdito obediente, se somete a la injustísima sentencia de Pilatos y a las manos de los verdugos, que lo atormentan bárbaramente hasta llevarlo a crucificar. Brevemente lo expresó así San Pedro: *Ponía su causa en manos del que juzga justamente*, añadiendo que se sometió voluntariamente al castigo, cual si en justicia lo mereciera. Por eso, Dios nos amó tanto, que llegó, en obediencia de esclavo, hasta morir con muerte dolorosa e infame, cual es la cruz. Obedeció, no como Dios, sino como hombre, como esclavo, cuya apariencia y naturaleza había tomado.

Admira el mundo la gran caridad de San Paulino al hacerse esclavo para rescatar al hijo de una pobre viuda; pero ¿qué tiene que ver esta caridad con la de nuestro Redentor, que, siendo Dios, para rescatarnos de la esclavitud del demonio y de la muerte, que teníamos merecida, se hizo esclavo y permitió que lo atasen y lo clavarán en la cruz, donde por fin quiso morir en un mar de dolores y desprecios? «Para que el esclavo se trocara en señor, quiso el Señor trocarse en esclavo», dice San Agustín. «¡Oh admirable dignación de tu piedad con nosotros! ¡Oh inestimable predilección de caridad! Para redimir al esclavo, entregaste al Hijo». ¿Cómo vos, Dios de infinita majestad, os enamorasteis tanto de los hombres que, para redimir a estos rebeldes esclavos, condenasteis a muerte a vuestro Unigénito? Pero, Señor, exclama Job, *¿qué es un hombre para que en tanto le tengas— y para que pongas en él tu atención?* (Job. 7, 17) ¿Qué es el hombre, tan vil y tan ingrato, para que tanto lo engrandezcáis y

honréis con vuestro amor? Decid por qué lo amáis tanto, que se diría que vuestro corazón no tiene más preocupación que amarlo y hacerlo feliz.

II

Alegraos, pues, almas que amáis a Dios y en El esperáis, alegraos: si el pecado de Adán, y aun más, vuestros propios pecados os ocasionaron mucho daño, sabed que la redención de Jesucristo nos trajo mayor bien, como lo asegura el Apóstol: *Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia* (Rm. 5, 21). Mayor ha sido el provecho, dice San León, que nos reportó la gracia del Redentor que el daño sufrido por obra del demonio. Ya Isaías había predicho que serían mayores las gracias que el hombre recibiría de Dios por medio de Jesucristo que las penas merecidas por sus pecados: *Que de mano de Yahveh ha alcanzado el doble por todos sus pecados* (Is. 49, 2). De este modo entiende también el texto el intérprete Adam Sasbouth, citado por Cornelo Alápide. Por eso dijo Nuestro Señor: *Yo vine para que tengan vida y anden sobrados*. Grande fue el pecado del hombre; pero mayor fue aún, dice el Apóstol, el don de la redención, la cual no fue sólo proporcionada al remedio, sino sobreabundante. Dice San Anselmo que el sacrificio de la vida de Jesucristo sobrepasó inmensamente todas las deudas de los pecados, razón por la que la santa Iglesia llama dichosa a la falta de Adán. Ciertamente que el pecado nos obscureció el espíritu con respecto al conocimiento de las verdades eternas e introdujo en nuestra alma la concupiscencia que nos lleva a desear los bienes sensibles y prohibidos por la ley de Dios; pero ¡cuántos auxilios y medios nos ha proporcionado Jesucristo con

sus merecimientos para adquirir las luces y fuerzas con que poder vencer a todos nuestros enemigos y adelantar en los caminos de la virtud! Los santos sacramentos, el sacrificio de la misa, las súplicas a Dios por los méritos de Jesucristo, ¡qué armas y medios tan poderosos son, no sólo para alcanzar victoria contra las tentaciones y concupiscencias, sino para correr y aun volar por las vías de la perfección! La verdad es que con estos mismos medios que se nos han dado a nosotros se santificaron todos los santos de la Nueva Ley y que nosotros tendremos la culpa si no nos aprovechamos de ellos.

¡Oh, cuántas gracias debemos dar a Dios por habernos hecho nacer después de la venida del Mesías! ¡Cuántos y cuán mayores bienes hemos recibido después de la redención obrada por Jesucristo! ¡Cuánto desearon Abrahán, los profetas y los patriarcas del Antiguo Testamento ver el nacimiento del Redentor, y, sin embargo, no lo vieron! Ensordecieron, por decirlo así, al cielo con suspiros y plegarias: *Gotead, cielos, desde arriba y destilen las nubes derecho. Envía, Señor, el cordero, al dominador de la tierra* (Is. 54, 8; 16, 1). Envía, Señor, el Cordero que se sacrifique a sí mismo y así satisfaga por nosotros a la divina justicia y reine en los corazones de los hombres, miserables esclavos del demonio. *Haznos gozar, Señor, de tu clemencia, y danos tu salud* (Sal. 84, 8). Derramad cuanto antes sobre nosotros, ¡oh Dios de bondad!, vuestra misericordia, la mayor que habéis prometido, es decir, al Salvador. Estos eran, pues, los suspiros de los santos, y, a pesar de ello, pasaron cuatro mil años sin que tuviesen la dicha de ver nacido al Mesías. Esta dicha nos estaba reservada a nosotros; y ¿qué es lo que hacemos? ¿Nos aprovechamos de ella? Amemos verdaderamente a este ama-

ble Redentor, ahora que le tenemos entre nosotros, que nos ha rescatado de las manos de nuestros enemigos, que nos ha librado con su muerte de la muerte eterna que habíamos merecido, nos ha abierto el paraíso, nos ha provisto de tantos sacramentos y tantas ayudas para servirlo y para amarlo con paz en esta vida y disfrutar de él en la venidera. Muy ingrata serías a tu Dios, alma mía, exclama San Ambrosio, si no le amases, después de haber querido El ser ligado con fajas para librarte del infierno, después de haberse hecho pobre para comunicarte sus riquezas, después de haberse hecho débil para hacerte fuerte contra tus enemigos, después de haber llorado y padecido para lavar con sus lágrimas tus pecados.

Pero, ¡oh Dios, cuán pocos son los que, agradecidos a tanto amor, han permanecido fieles en honrar a su Redentor! ¿Qué digo? La mayoría de los hombres, después de tan grandes beneficios, de tanta misericordia y de tanto amor, dicen a Dios: «Señor, no te queremos servir y estamos más contentos con ser esclavos del demonio y condenados al infierno que si fuéramos siervos tuyos». El mismo Señor reprocha tamaña ingratitud con estas palabras: *Rompiste tus ataduras y dijiste: «No serviré»*. ¿Qué dices, hermano mío? ¿Fuiste uno de tales? Y dime si viviste contento cuando estabas lejos de Dios y eras esclavo de Satanás, ¿Disfrutabas entonces de paz? Ciertamente que no, ya que la palabra divina no puede dejar de cumplirse: *En pago de no haber servido a Yahveh, tu Dios, con alegría y buen corazón, por la abundancia de todo, habrás de servir a tus enemigos, que Yahveh enviará contra ti, en hambre, sed, desnudez y penuria de todo* (Dt. 28, 47-48). Puesto que rehusaste servir a tu Dios por servir a tu enemigo, mira cómo te ha tratado el tirano que te hizo gemir esclavizado entre cadenas, em-

pobrecido, afligido y destituido de todo interior consuelo. Pero ánimo, dice tu Dios, ya que puedes librarte de estas cadenas mortíferas con que te ves encadenado. *Desata las ligaduras de tu cuello, cautiva hija de Sión.* Rompe en seguida, ya que aun es tiempo, rompe, alma mía, los lazos que te esclavizaron voluntariamente al infierno, y déjate atar con cadenas de oro, cadenas de amor, cadenas de paz, cadenas de salvación: *Y sus lazos, hilados de púrpura violeta.*

Pero ¿cómo se unirá el alma a Dios? Por medio del amor, que es vínculo de perfección: *Revestíos de la caridad, que es el vínculo de la perfección* (Col. 3, 14). Mientras que el alma siga por las vías del temor de los castigos y sólo este temor le impida la caída en los pecados, siempre se hallará en peligro de recaída; mas, si se uniere a Dios por medio del amor, asegurará su perseverancia. Es preciso, pues, que pidamos siempre a Dios el don del santo amor, diciéndole: «Mantenedme, Señor, siempre unido con vos; no permitáis que os vuelva a olvidar ni que abandone vuestro amor». Respecto al temor que hemos de abrigar, y que debemos pedir a Dios, es el temor filial, el temor de disgustar a este buen Señor y Padre nuestro.

Recurramos también a nuestra Madre, pidamos a María Santísima que nos obtenga la gracia de no amar más que a Dios y que nos una de tal manera con el amor de su Hijo, que jamás pueda el pecado separarnos de El.

Afectos y súplicas

¡Oh Jesús!, por amor mío y para librarme de las cadenas del infierno os hicisteis esclavo, y no sólo

de vuestro Padre, sino de los hombres y aun de los verdugos, hasta perder la vida, y yo, por un vil y envenenado placer, tantas veces rompí los lazos que me unían a vos, para hacerme esclavo del demonio. Maldigo mil veces los momentos en que, abusando tan mal de mi libertad, desprecié vuestra gracia, ¡oh Majestad infinita! Os suplico me perdonéis y me unáis a vos con las amables cadenas de amor con las que sujetáis a vuestras almas predilectas. Os amo, ¡oh Verbo encarnado!, os amo, sumo Bien. Mi único deseo es el de amaros y sólo temo verme privado de vuestro amor. No permitáis que me vuelva a separar de vos. Os ruego, Jesús mío, por todos los padecimientos de vuestra vida y muerte, que no permitáis me vuelva a separar de vos. ¡Ah, Dios mío!, si después de tantas gracias como he recibido de vos, después de haberme perdonado tantas veces, después de haberme iluminado con tantas luces y haberme con tanto afecto invitado a amaros, tuviera la desgracia de volveros las espaldas, ¿cómo podría esperar que me perdonaseis y no habría de temer que me precipitaseis justamente en aquel instante en el infierno? De nuevo os ruego no permitáis que me vuelva a separar de vos.

¡Oh María, refugio mío!, hasta ahora habéis sido mi feliz medianera, alcanzándome que Dios me perdonara con tanta misericordia. Continudad dispensándome vuestro amparo y alcanzadme una y mil muertes antes de que vuelva a perder la gracia de Dios.

39. EL VERBO ETERNO, DE INOCENTE SE HIZO REO

Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios (Is. 40, 4).

Antes de la venida del Redentor todo el linaje humano gemía en la mayor aflicción y desconsuelo; todos eran hijos de cólera y nadie había que pudiera aplacar al Señor, justamente irritado por sus pecados. Esto hacía exclamar entre lágrimas al profeta Isaías: *He aquí que tú te airaste, pues hemos pecado... Y no hubo nadie que despertara para aferrarse a ti* (Is. 64, 5). En efecto, Dios había sido ofendido por el hombre, quien, no siendo más que pobre criatura, no podía absolutamente satisfacer a la injuria hecha a una Majestad infinita. Preciso era que un Dios satisficiera a la divina Justicia; mas este otro Dios no existía, porque sólo hay uno; por otra parte, el ofendido no puede satisfacer a sí mismo por la ofensa recibida, de modo que fallaba toda esperanza de satisfacción para el género humano.

No obstante, consolaos, consolaos, ¡oh hombres!, dice el Señor por Isaías, porque el mismo Dios ha hallado medio de salvar al hombre, concordando entre sí a la Justicia y a la Misericordia: *La Justicia y la paz se besarán*. Y ¿cómo se llegará a esto? El mismo Hijo de Dios se hizo hombre, tomó la forma de pecador y, cargando con el peso de la satisfacción por los hombres mediante las penas de su vida y padecimientos de su muerte, satisfizo plenamente a la divina Justicia, quedando así satisfechas la Justicia y la Misericordia.

Para librar a los hombres de la muerte eterna, Jesucristo de inocente se hizo reo y quiso aparecer como

pecador. A tal estado lo redujo el amor que tenía a los hombres. Considerémoslo, pero antes pidamos a Jesús y a María para sacar el provecho necesario.

I

¿Qué era Jesucristo? Era, como responde San Pablo, *santo, inocente, incontaminado*, y, por decirlo mejor, era la misma santidad, la misma inocencia y la misma pureza, pues era verdadero Hijo de Dios, verdadero Dios como el Padre y tan querido del Padre como lo patentizó en las aguas del Jordán, afirmando que en Él cifraba sus complacencias. Y ¿qué hizo este querido Hijo para librar a los hombres del pecado y de la muerte por ellos merecida? *Se manifestó para quitar de en medio nuestros pecados* (1 Jn. 3, 5). Presentóse a su divino Padre y se ofreció a pagar por los hombres, y el Padre, como dice el Apóstol, lo envió a la tierra a revestirse de carne humana, para asemejarse al pecador: *Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado...* (Rm. 8, 3) Y añade después San Pablo: *Y como víctima por el pecado, condenó al pecado en la carne* (Ibid. 4); y, como se explican San Juan Crisóstomo y Teodoreto; el Padre condenó al pecado a ser privado del reinado que había adquirido sobre los hombres, condenado a la muerte a su divino Hijo, que, aun cuando revestido de carne inficionada por el pecado, era, sin embargo, santo e inocente.

Dios, pues, para salvar a los hombres y para que quedase a la vez satisfecha su justicia, quiso condenar a su propio Hijo a vida trabajadora y muerte cruel. Pero ¿será cierto esto? No sólo es cierto, sino artículo de fe, como nos lo asegura San Pablo: *A su propio*

Hijo no perdonó, antes por nosotros todos lo entregó (Rm. 8, 32). Que es lo que nos declara el mismo Jesucristo: *Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito* (Jn. 3, 16). Cuenta Celio Rodigino que un tal Deyótaró, padre de muchos hijos, mató bárbaramente a todos, menos a uno, a quien amaba de modo particular y a quien quería hacer heredero de todos sus bienes. Dios hizo lo contrario, permitió que mataran a su Hijo predilecto, a su unigénito, para que nosotros, viles y míseros gusanillos, alcanzáramos la salvación. *Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito*. Consideremos estas palabras: *Así amó Dios al mundo*. ¿Cómo? Dignándose amar a los hombres, miserables, rebeldes e ingratos gusanillos, y amarlos hasta el extremo de darles su Unigénito, ya que, como expone San Juan Crisóstomo, la expresión *sic* denota la vehemencia del amor. Nos dio, pues, a su mismo divino Hijo, a quien ama como a sí mismo. «No nos dio un criado, ni un ángel, ni un arcángel, sino a su Hijo», añade el propio Doctor. *Entregó a su Hijo*; pero ¿cómo lo entregó? Humillado, pobre, despreciado, puesto en manos de sayones, para morir avergonzado en infame patíbulo. ¡Oh gracia, oh fuerza del amor de un Dios! — exclama al llegar a este punto San Bernardo—. Y ¿quién no se enternecería si supiese que un monarca, para libertar a un esclavo suyo, obligase a morir a su único hijo, a quien amaba con amor de padre y amaba como a sí mismo se pudiera amar? San Juan Crisóstomo llega a preguntarse: «Si Dios no lo hubiera hecho, ¿quién habría podido pensarlo ni esperarlo?»

Pero, Señor, ¿no parece algo a modo de injusticia condenar a muerte a vuestro inocente Hijo para salvar al esclavo que os ofendió? Según la razón humana,

dice Salviano, se tendría ciertamente por injusto el condenar a muerte a un hijo inocente para libertar a indignos esclavos de la muerte merecida por sus crímenes. Mas por parte de Dios no ha habido injusticia alguna, porque el mismo Hijo se ofreció al Padre para satisfacer por los hombres, como lo atestigua Isaías: *Fue maltratado, mas él se dobló* (Is. 53, 7). He aquí, pues, a Jesús que se inmola voluntariamente por nosotros como víctima de amor; vedle semejante al corderillo en manos de quien lo esquila, continúa el profeta, dispuesto, si bien inocente, a sufrir por parte de los hombres toda suerte de desprecios y tormentos, sin desplegar los sabios: *Cual oveja ante sus esquiladores enmudecida, y no abre su boca*. Ved, finalmente, a nuestro amable Redentor que, para salvarnos, quiso padecer la muerte y las penas que habíamos merecido: *Nuestros sufrimientos él los ha llevado; nuestros dolores él los cargó sobre sí* (Is. 57, 4-7). San Gregorio Nacianceno dice que no rehusó padecer como culpado, con tal de que los hombres alcanzasen su salvación.

¿Quién hizo, ni podrá jamás hacer, otro tanto?, exclama San Bernardo. ¿Cuál fue la razón de este inmenso prodigio? ¡Un Dios morir por su criatura! Nada más que el amor que Dios tiene a los hombres. Al contemplar el Santo cómo nuestro amable Salvador fue preso por los soldados en el huerto de Getsemaní, como refiere San Juan: *Y le ataron*, le pregunta: ¿Qué tenéis vos que ver con las cuerdas? Señor mío, pregunta, yo os miro atado como reo por esta canalla, que os conduce injustamente a la muerte; pero ¿qué tienen que ver con vos las cuerdas y las cadenas? Estas estarán bien en los malhechores, pero no en vos, que sois inocente, Hijo de Dios, la misma inocencia,

la misma santidad. San Lorenzo Justiniano responde que Jesucristo fue conducido a la muerte no con los cordeles con que le ataron los soldados, sino por el amor que tenía a los hombres, por lo que exclama: «¡Oh caridad, cuán fuertes son tus lazos, que has podido atar a todo un Dios!» Y San Bernardo, considerando la injusta sentencia de Pilatos condenando a Jesús a la cruz, después de haberlo declarado inocente, prorrumpe en llanto, diciendo a éste: «¡Ah, Señor mío, oigo que el inicuo juez os condena a muerte de cruz! ¿Qué mal habéis cometido? ¿Qué delito para merecer muerte tan penosa e infame?» Y a continuación responde: «Ya comprendo, Jesús mío, el delito que cometisteis, que no es otro que el sobrado amor que tuvisteis a los hombres». Sí; este amor os condena a morir, y no ya Pilatos, ya que habéis querido morir para pagar la pena merecida por los hombres.

Al aproximarse el tiempo de la pasión de nuestro Redentor, rogaba al Padre se dignase glorificarlo, admitiendo el sacrificio de su vida: *Y ahora glorifícame tú, Padre* (Jn. 17, 5). Asombrado San Juan Crisóstomo, pregunta al oír tales palabras: «¿Qué decís, Señor?» Y ¿a esto llamáis gloria?». Una pasión y una muerte, acompañada de tantos dolores y desprecios, ¿se puede llamar gloria vuestra? Y le parece oír a Jesús, que responde: «Sí; es tanto el amor que profeso a los hombres, que hasta me hacen estimar como gloria propia padecer y morir por ellos».

II

Decid a los tímidos de corazón: ¡Esforzaos y no temáis! He aquí que vuestro Dios traerá venganza, expiación de Dios. El vendrá y os redimirá (Is. 35, 4).

Dejad, pues, de temer, nos dice el profeta; no desconfiéis, pobres pecadores. ¿Cómo temeréis no ser perdonados, si vino del cielo el Hijo de Dios para perdonar, si Él mismo hizo a Dios el sacrificio de su vida en compensación de la justa reparación debida por nuestros pecados? Si tú, con tus obras, no puedes aplacar a un Dios ofendido, aquí tienes quien lo aplaca, este Niño que ahora ves recostado en la paja, temblando de frío, gimiendo y con sus lágrimas aplacando al Padre. Ya no tienes motivo para estar triste, dice San León, por la sentencia de muerte dictada contra ti, pues te acaba de nacer la Vida. Este día tiene que consolar a los pecadores penitentes, expone San Agustín. Si no puedes tributar a la divina justicia debida satisfacción, aquí tienes a Jesús haciendo penitencia por ti; comenzó a hacerla en la gruta, la prosiguió durante toda su vida y la terminó en la cruz, en la que, según San Pablo, clavó el decreto de nuestra condenación, cancelándolo con su sangre. Y el mismo Apóstol añade que Jesucristo, al morir por nosotros, se hizo nuestra justicia, borrando nuestros pecados, añade San Bernardo. En efecto, al aceptar Dios por nosotros los sufrimientos y muerte de Jesucristo se obligó en justicia a perdonarnos. El inocente se hizo víctima por nuestros pecados, para que por sus méritos se nos concediese después, de justicia, el perdón. Que por eso David pedía a Dios se dignase salvarlo, no sólo por su misericordia, sino también por su justicia.

Dios siempre tuvo extremado deseo de salvar a los pecadores, y este deseo le hacía ir tras ellos gritando: *Recordad esto y afirmaos; parad mientras en ello, pecadores*. Pecadores, entrad en vosotros mismos, pensad en los beneficios de mí recibidos, en el amor que os he tenido, y no me ofendáis más. *Volveos a mí,*

dice Yahveh Sebaot, y yo me volveré a vosotros. ¿Por qué queréis morir, oh casa de Israel? Arrepentíos, pues, y viviréis (Ez. 18, 31). Hijos míos, ¿por qué queréis perderos y condenaros a muerte eterna? Volved a mí y viviréis. Su infinita misericordia lo hizo bajar del cielo a la tierra para librarnos de la muerte. Pensemos en lo que dice San Pablo: Antes que Dios se hiciese hombre, conservaba su misericordia hacia nosotros; pero no podía tener compasión de nuestras miserias, porque la compasión implica pena, y Dios no es capaz de ella. Por eso dice el Apóstol que el Verbo eterno, para tener compasión de nosotros, quiso hacerse hombre pasible y semejante a los hombres, para que así no sólo pudiera salvarnos, sino también compadecernos. Pues no tenemos un pontífice incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, antes bien probado en todo a semejanza nuestra, excluido el pecado (Heb. 4, 15). Y en otro pasaje dice: Debíó en todo ser asemejado a sus hermanos, para ser compasivo y fiel pontífice en las cosas que miran a Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo (Heb. 2, 17).

¡Oh, y cuán grande es la compasión que tiene Jesucristo de los pobres pecadores! Ella le hace decir que Él es el pastor que va en busca de la ovejuela perdida y que, al encontrarla, lo celebra diciendo: *Dadme el parabien, porque hallé mi oveja perdida, y, en hallándola, pónesela sobre los hombros (Lc. 15, 5-6), y la estrecha, por temor de volverla a perder. Su compasión le hizo decir que era el padre amoroso que, cuando vuelve a sus pies algún hijo pródigo, no lo rechaza, sino que lo abraza, lo besa y casi desfallece por el gran consuelo y ternura que siente al ver su arrepentimiento. Ella le hizo exclamar: Mira que estoy a la puerta y doy aldabadas; es decir, que aun cuando nues-*

tra alma lo arroje de sí por el pecado, no la abandona, sino que a la puerta del corazón prosigue su llamada con nuevas inspiraciones. Ella le hizo decir a los discípulos que con indiscreto celo reclamaban venganza contra quienes no habían querido recibirlo: *No sabéis a qué espíritu pertenecéis* (Lc. 9, 55). ¿Conque veis la extremada compasión que tengo para con los pecadores, y aun me pedís venganza? Retiraos, porque vuestro espíritu no es conforme al mío. Esta compasión, finalmente, le hizo decir: *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré* (Mt. 2, 28). Y, realmente, ¡con cuánta ternura perdonó este amable Redentor a la Magdalena luego que reconoció sus faltas, haciéndola tan gran santa! ¡Con qué ternura perdonó al paralítico, dándole a la vez la salud del cuerpo! ¡Con qué ternura, especialmente, trató a la mujer adúltera! Presentáronle los sacerdotes a esta pecadora para que la condenase, pero Jesús se contentó con responder a la pecadora: *Tampoco yo te condeno*, como si hubiese querido decir: Nadie de cuantos te trajeron aquí te ha condenado, y ¿cómo te voy a condenar yo, que he venido a salvar a los pecadores? *Anda y desde ahora no peques más* (Jn. 8, 2).

¡Ah! No temamos a Jesucristo; temamos sólo nuestra obstinación, si, después de haberlo ofendido, no queremos escuchar su voz, que nos llama al perdón. *¿Quién será el que condene?*, dice el Apóstol. *Cristo Jesús, el que murió —o más bien el que resucitó—, es quien asimismo está a la diestra de Dios y quien además intercede por nosotros* (Rm. 8, 34). Si queremos permanecer obstinados, Jesucristo se verá obligado a condenarnos; pero, si nos arrepentimos del mal hecho, ¿qué habremos de temer de El? ¿Quién te ha de condenar? ¿Tal vez (dice San Pablo) el mismo Re-

dentor, que murió para no tener que condenarte? ¿El mismo que, para perdonarte a ti, no quiso perdonarse a sí? «Para redimir al siervo, no se perdonó a sí mismo», dice San Bernardo.

Vete, pues, pecador, vete al establo de Belén y agradece al Niño Jesús, que por ti tiembla de frío en la gruta y por ti gime y llora en la paja; agradece a este divino Redentor, que bajó del cielo para llamarte y salvarte. Si deseas conseguir perdón, mira que te está esperando en aquel pesebre para perdonarte. Vete allí y alcanzarás perdón, y luego no te olvides del amor que te manifestó Jesucristo: *No olvides los favores de quien te dio fianza*. No te olvides, dice el profeta, esta gracia que te ha hecho saliendo fiador de tus deudas para con Dios y cargando con el castigo que tenías merecido; no lo olvides y ámale. Y sábetelo que, si le amares, no serán parte los pecados para impedir que recibas de Dios las gracias más grandes y más especiales que reserva para las almas más predilectas: *Dios coordena su acción al bien de los que le aman* (Rm. 8, 28). *También los pecados*, añade la Glosa. Sí; hasta la memoria de los pecados cometidos sirve de provecho al pecador que los detesta y lamenta, porque contribuirá a tornarlo más humilde y más agradecido a Dios, al considerar que con tanto amor lo ha acogido: *Habrà en el cielo más gozo por un solo pecador penitente que no por noventa y nueve justos* (Lc. 15, 7).

Y ¿cuál será el pecador que alegra más al cielo que la buena conducta de tantos justos a la vez? El que, agradecido a la divina bondad, se entrega con todo fervor al amor divino, como lo hicieron un San Pablo, una Santa Magdalena, una Santa María Egipcíaca, un San Agustín, una Santa Margarita de Cortona. A esta Santa, que había sido muchos años insigne pecadora,

Dios le enseñó el puesto que le tenía reservado en el cielo, en medio de los serafines, y entre tanto la regalaba en vida con multitud de favores, por lo que, al verse tan favorecida, dijo cierto día al Señor: «Y ¿de dónde a mí tantas gracias? ¿Os olvidasteis ya de las ofensas que os he hecho?» Y Dios le respondió: «Y ¿no sabes, como ya te he dicho, que, cuando un alma se arrepiente de sus culpas, yo me olvido de todas las injurias recibidas?» Esto es lo que indicó por el profeta: *Si el impío se convierte de todos sus pecados..., ninguno de los pecados que cometió le será recordado* (Ez. 18, 21-22).

Concluyamos. Por tanto, los pecados cometidos no nos impiden ser santos. Dios nos ofrece al punto su poderoso auxilio, si lo deseamos y pedimos. ¿Qué falta, pues? Que nos entreguemos del todo a Dios y le consagremos, al menos, los días que nos restaren de vida. ¡Manos a la obra! ¿A qué esperar? Si no adelantamos, no es por culpa de Dios, sino por nuestra culpa. Cuidemos de que estas misericordias y amorosas llamadas no se nos truequen en remordimiento y desesperación en la hora de la muerte, cuando no haya tiempo de repararlo y llegue la noche: *Viene la noche, en que nadie puede trabajar* (Jn. 9, 4).

Encomendémonos a María Santísima, que se gloria, en sentir de San Germán, de trocar en santos a los más perdidos pecadores, alcanzándoles no sólo la gracia ordinaria, sino la de una eximia conversión. La razón de que pueda hacerlo, es que pide como Madre. Y ella misma nos anima, como la hace hablar la santa Iglesia. «Riquezas y gloria me acompañan... para repartir bienes a mis amigos». Venid a mí todos, porque en mí hallaréis toda esperanza de salvación y de salvación como santos.

Afectos y súplicas

¡Oh Redentor y Dios mío!, ¿quién soy yo para que tanto me hayáis amado y continuéis amándome? ¿Qué habéis recibido de mí, que a tanto amor os ha forzado, sino desprecios y disgustos, que habían de obligaros a abandonarme y arrojarme para siempre de vuestra presencia? Pero, Señor, acepto cualquier castigo, excepto éste, porque si vos me abandonáis y priváis de vuestra gracia, no podré volver amaros. No rehuyo el castigo, sino que quiero amaros, y amaros con todas mis fuerzas. Quiero amaros como está obligado un miserable pecador que, a cabo de favores tan especiales y tantas muestras de amor recibidas, os ha vuelto tantas veces, ingratamente, las espaldas y ha renunciado a vuestra gracia y vuestro amor. Perdonadme, amado Niño mío, que ya me arrepiento con todo mi corazón de cuantos disgustos os he dado. Pero sabed que no me contento con el simple perdón; quiero, además, la gracia de amaros siempre más y más; quiero compensar, en cuanto pueda, con mi amor la ingratitude con que os traté en lo pasado. El alma inocente os ama como inocente, agradeciándoos haberla preservado de la muerte del pecado. Yo he de amaros como pecador, es decir, antiguo rebelde, como tantas veces condenado al infierno, merecido por mis culpas, y como otras tantas agraciado por vos, puesto en estado de salvación y enriquecido con luces, auxilios e inspiraciones para mi satisfacción. ¡Oh Redentor y mil veces Redentor!, mi alma está prendada de vos y os ama. Demasiado me amasteis, y, vencido de vuestro amor, no he podido resistir ya a tanta fineza, rindiéndome por fin a depositar en vos todo mi amor. Os amo, pues, Bondad infinita; os amo, Dios amabilísimo.

Aumentad siempre y cada vez más en mí vuestras llamas y saetas. Por vuestra gloria, haced que os ame mucho corazón que tanto os ofendió.

¡Madre mía, María!, vos que sois la esperanza y el refugio de los pecadores, ayudad a un pecador que quiere agradar a Dios, ayudadme a amarlo, y amarlo mucho.

40. EL VERBO ETERNO, DE FUERTE SE HIZO DÉBIL

Decid a los tímidos de corazón: ¡Esforzaos y no temáis!... El vendrá y os redimirá (Is. 35, 4).

Predijo Isaías, hablando de la venida del Redentor: *¡Desierto y yermo alégrense, exulte de júbilo la estepa y florezca como el cólquico!* (Is. 31, 1). Hablaba el profeta de los paganos, entre quienes se contaban nuestros mayores, que vivían en la gentilidad, como en tierra desierta, sin hombres que conociesen y adorasen al verdadero Dios, y llena tan sólo de adoradores del demonio; tierra desierta y sin caminos, ya que estos desgraciados desconocían los de la salvación. Y predijo a continuación que esta tierra tan infeliz debía alegrarse con la venida del Mesías, al verse llena de adoradores del verdadero Dios, fortalecidos con su gracia contra todos los enemigos de su salvación y había de florecer como el cólquico en pureza de costumbres y en olor de santas virtudes. Por eso añade el profeta: *Decid a los tímidos de corazón: ¡Esforzaos y no temáis!... El vendrá y os redimirá* (Js. 35, 4). Esta predicción la tenemos ya cumplida hoy en día, por lo

que permitidme que yo exclame jubiloso: ¡Alegraos, alegraos, hijos de Adán!; no seáis pusilánimes; si os reconocéis débiles y flacos para resistir a tantos enemigos vuestros, desechad todo temor, porque Dios ha venido a salvaros, comunicándoos fuerzas bastante para combatir y vencer a todos los enemigos de vuestra salvación.

Y ¿cómo os facilitó nuestro Redentor esta fortaleza? Trocándose de fuerte y omnipotente en débil. Tomó sobre sí nuestra flaqueza, comunicándoos así su fortaleza. Veámoslo, pero antes pidamos luces a Jesús y a María.

I

Sólo Dios puede llamarse propiamente fuerte, ya que es la misma fortaleza, de quien todos los poderosos la reciben: *Mía es la fuerza; por mí reinan los reyes*. Dios, infinitamente poderoso, puede cuanto quiere con sólo quererlo: *¡Ah, Señor, Yahveh! Mira, tú has hecho el cielo y la tierra mediante tu gran poder y tu brazo extendido. ¡No existe cosa alguna demasiado difícil para ti!* (Jn. 32, 17) El, con una sola señal, creó los cielos y la tierra, y, si quisiera, con otra señal podría destruir toda la máquina del universo. Reconocemos que con un diluvio de fuego abrasó en un momento cinco ciudades enteras; que antes de este diluvio de fuego, con otro de agua inundó toda la tierra, muriendo todos los hombres, con excepción de sólo ocho personas; en suma, dice Isaías: *Y a la fuerza de tu brazo ¿quién resistirá?* (Sab. 2, 22)

De todo lo cual se deduce cuán grande sea la temeridad del pecador, que se rebela contra Dios y lleva su audacia hasta levantar la mano contra el Omnipotente.

Si viéramos a una hormiga atacar a un soldado, ¿qué pensaríamos de tal temeridad? Pues ¡cuánto más temerario es el hombre que desafía a su Creador, desprecia sus mandamientos, sus amenazas, su gracia, y se declara enemigo suyo! Y bien, a estos temerarios e ingratos vino a salvar el Hijo de Dios, haciéndose hombre y cargando con los castigos por ellos merecidos, para alcanzarles perdón. Y, al ver que el hombre, debido a las heridas causadas por el pecado, había quedado tan débil e impotente para resistir a las fuerzas del enemigo, ¿qué hizo? De fuerte y omnipotente que era, se hizo débil y cargó sobre sí las debilidades corporales del hombre, para alcanzarle, con sus méritos, la fortaleza de espíritu necesaria para superar los ataques de la carne y del infierno; y aquí lo tenemos hecho niño, obligado a sustentarse de leche y tan débil, que por sí mismo no puede alimentarse, ni siquiera moverse.

El Verbo eterno, al encarnarse, quiso esconder su fortaleza. Encontramos a Jesús, dice San Agustín, fuerte y enfermo: fuerte, porque sin trabajo lo ha creado todo, y enfermo, porque lo vemos semejante a cualquiera de nosotros. Pues bien, este fuerte quiso hacerse débil, dice el Santo, para reparar con su debilidad nuestras enfermedades y alcanzarnos así la salvación. Y por esto dice que se comparó a la gallina, hablando con Jerusalén: *¿Cuántas veces quise congregar a tus hijos de la manera que la gallina recoge a sus pollitos debajo de las alas, y no quisiste!* (Mt. 23, 37). La gallina enferma para criar a sus polluelos (nota San Agustín), y así se da a reconocer por madre; igual hizo nuestro amoroso Redentor, tornándose débil y participando de nuestras enfermedades, para que le reconociéramos como padre y como madre de nosotros, pobres enfermos.

He aquí al que rige al cielo, dice San Cirilo, envuelto en pañales y sin poder extender los brazos. Vedlo en el viaje que emprendió a Egipto por orden de su Eterno Padre; aún cuando quiere obedecer, no puede caminar, y necesita que María y José lo lleven en brazos. Y a la vuelta de Egipto, añade San Buena-ventura, necesita descansar a menudo por el camino, porque el niño ya era grandecito para llevarlo siempre en brazos, pero no lo bastante para que pudiese andar por sí mismo todo el camino.

Vedlo después, mayorcito, en el taller de Nazaret, afanado en el trabajo y sudando para ayudar a José en la carpintería. ¡Oh!, ¿quién contemplando atentamente a Jesús, jovenzuelo que se fatiga desbastando un tosco madero, no le diría: Pero qué, amable jovencito, ¿no sois vos el Dios que con una sola señal sacasteis los mundos de la nada? Y ¿cómo se explica que ahora tan presto os fatiguéis y sudéis al debastar este tosco leño, cuyo trabajo aun no habéis acabado? ¿Quién os redujo a tal debilidad? ¡Oh fe santa! ¡Oh divino amor! Semejante pensamiento, bien meditado, debiera no sólo inflamarnos, sino, por decirlo así, incendiarnos de amor! ¡Ved aquí adonde ha llegado todo un Dios! Y ¿para qué? Para hacerse amar de los hombres.

Vedlo, finalmente, en los postreros instantes de su vida, atado con cuerdas en el huerto, de las que no se puede librar; atado en el pretorio a la columna, para ser azotado; con la cruz a cuestas y sin fuerzas para llevarla, por lo que su caminar es un continuado caer; vedlo enclavado en la cruz, sin que se pueda librar de ella, y reducido a la agonía por su extrema debilidad, desfalleciendo y expirando.

II

Y ¿por qué se hizo tan débil Jesucristo? Para comunicarnos de esta manera, como arriba apuntamos, su fortaleza, y para vencer así y abatir las fuerzas del infierno. Dice David que es propio de Dios e inherente a su naturaleza la voluntad de salvarnos y de librarnos de la muerte. *Dios Salvador es Dios para nosotros, y es de Yahveh, el Señor, librar de muerte*; palabras que comenta así Belarmino: «Propio es esto de Dios; tal es su naturaleza; nuestro Dios es un Dios Salvador y a El corresponde librarnos de la muerte». Si somos débiles, confiemos en Jesucristo y lo podremos todo: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* (Fil. 4, 13), decía el Apóstol. Para todo siento fuerzas, mas no las mías propias, sino las que me alcanzó mi Redentor con sus merecimientos: *Tened buen ánimo, yo he vencido al mundo* (Jn. 16, 33). Hijos míos, nos dice Jesucristo, si no podéis resistir a vuestros enemigos, *yo he vencido al mundo*, y lo he vencido por vosotros; mi victoria se ha alcanzado para vuestro bien. A vosotros toca ahora aprovecharos de las armas que os dejó para defenderos, y con las que saldréis victoriosos. ¿Cuáles son estas armas que nos dejó Jesucristo? Dos, sobre todo: el uso de los sacramentos y la oración.

Todos saben que, mediante los sacramentos, y en especial los de la Penitencia y Eucaristía, se nos comunican las gracias que el Redentor nos mereció. La experiencia cotidiana enseña que cuantos reciben frecuentemente éstos perseveran constantes en la gracia de Dios. Quienes comulgan frecuentemente, ¡cuánta fuerza reciben para resistir a las tentaciones! La sagrada Eucaristía se llama *pan*, pan celestial, para que

comprendamos que, así como el pan material conserva la vida del cuerpo, así la comunión conserva la vida del alma, que es la divina gracia. Por eso el concilio de Trento llamó a la comunión remedio que nos libra de las culpas veniales y nos preserva de las mortales. Santo Tomás afirma, hablando de la Eucaristía, que sería incurable la llaga que nos queda del pecado si no se nos hubiese dado tan divino remedio; e Inocencio II afirma que la pasión de Jesucristo nos libra de las cadenas del pecado, y la sagrada comunión nos libra de la voluntad de pecar.

El segundo medio eficaz para vencer las tentaciones es la oración hecha a Dios por los méritos de Jesucristo: *Y cualquier cosa que pidieréis en mi nombre, eso haré* (Jn. 16, 23). Así, pues, todo cuanto pidamos a Dios en nombre de Jesucristo, es decir, por sus merecimientos, lo alcanzaremos. Todos los días vemos que cuantos en sus tentaciones recurren a Dios y le suplican por los méritos de Jesucristo, salen vencedores; y, por el contrario, cuantos en sus tentaciones, especialmente contra la pureza, no se encomiendan a Dios, caen miserablemente y se pierden. Para excusarse, alegan que son débiles y de carne. Pero ¿de qué les valdrá la excusa de su flaqueza, si se pueden hacer fuertes con sólo acudir a Jesucristo, invocando tan sólo confiadamente su santísimo nombre, cosa que rehusan hacer? ¿Qué excusa, repito, podría alegar quien se lamentase de haber sido vencido por el enemigo si, teniendo a su mano las armas para defenderse, las despreciara y rehusase? Si insistiere en no querer alegar su flaqueza, no habría nadie que le condenara, sino que todos le dirían: Pues si conocías tu debilidad, ¿por qué no quisiste servirte de las armas que se te ofrecían?

Dice San Agustín que el demonio fue encadenado por Jesucristo, y así puede ladrar, pero no morder, sino a aquel que se dejara morder. ¡Qué tonto es, exclama, el que se deja morder por el perro atado! Y en otro lugar dice que el Redentor nos procuró todos los remedios necesarios para curar; quien no quiere observar la ley, y muere de ello, muere por su culpa.

Quien se une a Jesucristo, de ninguna manera es débil, sino fuerte con su divina fortaleza, ya que nos exhorta, como dice San Agustín, no sólo a combatir, sino que nos da fuerzas para ello; si desfallecemos, nos alienta y con su bondad nos corona. Predijo Isaías que *Saltará el cojo como un ciervo*; es decir, que quien por los méritos del Redentor no era capaz ni de dar un paso, llegaría a saltar las montañas cual ciervo veloz; *La tierra abrasada se trocará en estanque, y el país árido, en hontanar de aguas* (Is. 35, 7); las tierras más áridas serán fecundadas con abundantes aguas: *En lo que era morada de chacales, su cubil, habrá verde de cañas y juncos*; es decir, que el alma, primero morada de demonios, producirá el vigor de la caña, esto es, la humildad, porque el humilde, comenta el cardenal Hugo, está vacío a los propios ojos, y produciría los juncos, es decir, la caridad, porque los juncos, comenta el mismo autor, en algunas regiones se utilizan como mecha para arder en lámparas.

En una palabra, que en Jesucristo hallamos toda gracia, toda fuerza, todo socorro cuando a El acudimos: *En todo fuisteis enriquecidos en El, en toda palabra y en todo conocimiento..., hasta el punto de no quedaros vosotros atrás en ningún carisma* (1 Cor. 1, 5). Para este fin *se anonadó a sí mismo*; se redujo, en cierto sentido, a la nada —dice el P. Cornelio—, se despojó de su majestad, de su gloria y de su fortaleza,

tomando sobre sí la flaqueza y desprecios, para comunicarnos su fortaleza y su virtud y para ser nuestra luz, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención. *El cual (Cristo Jesús) fue hecho por Dios para nosotros sabiduría, como también justicia, santificación y redención* (1 Cor. 1, 30), y está presto a dar fortaleza y ayuda a quien se la demandare.

Vio San Juan al Señor con el seno lleno de leche (es decir, de gracias) y ceñido con cinto de oro. Esto significa que Jesucristo está, en cierto sentido, como atado y obligado por el amor que tiene a los hombres; y así como la madre, que, sintiéndose pletórica de leche, va buscando al niño a quien alimentar y que la aligere el peso, así El anhela que vayamos a pedirle gracias y auxilios para vencer a nuestros enemigos, que andan sin cesar espiando la ocasión de robarnos su amistad y la eterna salvación.

¡Ah, cuán bueno y liberal es Dios para el alma que resuelta y verdaderamente le busca! Por lo que, si no nos santificamos, nuestra es la culpa por no resolvernos a entregarnos por completo a Dios: *Quiere, mas sin eficacia, el perezoso* (Pv. 13, 4). Los tibios quieren y no quieren, y de ahí que queden vencidos, por no estar enteramente resueltos a agradar tan sólo a Dios. La voluntad resuelta lo vence todo, porque, cuando el alma se resuelve a entregarse del todo a Dios, éste le alarga la mano y le da fuerza para superar todas las dificultades que se le ofrecen en el camino de la perfección. Tal fue la hermosa promesa que Isaías significó, con estas palabras: *¡Ojalá desgarrases el cielo y bajases, de suerte que las montañas se tambalearan ante ti!* (Is. 64, 1) *Todo valle se alzarán, toda montaña y colina se hundirá* (Is. 40, 4). Esto es: Cuando venga el Redentor, con la fortaleza que prestará a

las almas de buena voluntad, hallarán allanados los montes de todos los apetitos carnales, y enderezados los caminos torcidos, y suavizados los ásperos; esto es, los desprecios y los trabajos, que antes eran tan difíciles y ásperos a los hombres, se tornarán fáciles y suaves en virtud de la gracia de Jesucristo y del amor divino que les infundirá.

Por eso San Juan de Dios se regocijaba al verse apaleado como loco en un hospital; por eso Santa Liduvina se complacía al verse tantos años llagada y clavada en la cama; por eso San Lorenzo se hallaba contentísimo, hasta el extremo de burlarse del tirano cuando se hallaba en las parrillas ardiendo y dando la vida por Jesucristo; por eso tantas almas ardorosas y enamoradas de Dios encontraban la paz y el contento, no en los placeres y honores mundanos, sino en los dolores e ignominias.

Supliquémos, pues, a Jesucristo que nos dé el fuego que vino a prender en la tierra, y así no hallaremos la menor dificultad en despreciar los mentidos bienes del mundo ni en emprender las más grandes cosas por Dios. «Cuando se ama, no se sufre», decía San Agustín. No hay trabajo ni pena en el sufrir, ni en el orar, ni en el mortificarse, ni en el humillarse, ni en el alejarse de los placeres terrenos para el alma que sólo ama a Dios. Cuanto más hace o sufre, tanto más desea hacer y sufrir. Las llamas del amor divino son como las del infierno, que no dice: ¡Basta! Nada puede saciar el ardor del alma que ama a Dios.

Como en el infierno
el fuego es eterno,
así al alma amante
no hay ardor bastante.

Pidamos a María Santísima, por cuyas manos (como se lo reveló a Santa María Magdalena de Pazzi), se dispensa a las almas el amor divino, que nos alcance este precioso don. Ella es el tesoro de Dios y la tesorera de todas las gracias y especialmente del divino amor, como se expresa *el Idiota*.

Afectos y súplicas

¡Redentor y Dios mío!, perdido estaba, pero con vuestra sangre me rescatasteis del infierno; pequé miserablemente muchas veces, pero de nuevo me librasteis de la muerte eterna: *Tuyo soy; socórreme* (Sal. 108, 94). Ya que ahora soy vuestro, como lo espero, no permitáis que vuelva a perderme, rebelándome contra vos. Resuelto estoy a sufrir la muerte y miles de muerte antes que verme de nuevo vuestro enemigo y esclavo del demonio. Pero vos conocéis mi debilidad y sabéis de mis traiciones, y por ello me habéis de dar fuerzas para resistir los asaltos que me dará el infierno. Comprendo que no faltaréis en socorrerme siempre que a vos recurra en mis tentaciones, pues dijisteis: *Pedid y recibiréis. Todo el que pide recibe*. Este, con todo, es mi temor: olvidarme de recurrir a vos en mis necesidades y así caer vencido miserablemente. Esta es, pues, la gracia que, sobre todo, os pido: dadme luces y fuerzas para acudir siempre a vos e invocaros siempre que sea tentado. Y ayudadme, además, para que siempre os pida esta gracia. Concedédmela por los méritos de vuestra sangre.

Y vos, ¡oh María, alcanzádmela, por el amor que a Jesucristo tenéis!

41. EL VERBO ETERNO, DE SUYO, SE HIZO NUESTRO

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado (Js. 9, 6).

Dime, bárbaro Herodes, ¿por qué mandas matar y sacrificar por tu ambición de reinar, tantos niños inocentes? ¿Dime, por qué te turbas? ¿Dime qué es lo que temes? ¿Temes, quizás, que haya nacido el Mesías, que te vengan a arrebatarse tu reino? «¿Por qué te turbas? — exclama San Fulgencio—. El Rey que acaba de nacer no ha venido a subyugar a los reyes con las batallas, sino a subyugarlos con la muerte». «Vino — prosigue el Santo— no a pelear durante la vida, sino a triunfar del amor de los hombres cuando se sacrifique en la cruz, según El mismo afirmó: *Cuando fuere levantado de la tierra, a todos arrastraré hacia mí* (Jn. 12, 32).

Pero dejemos a un lado a Herodes, almas devotas, y ocupémonos de nosotros. ¿Para qué vino el Hijo de Dios a la tierra? Para darse a nosotros, como asegura Isaías: *Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado*. A esto le condujo el amor que nos tiene este amante Señor y el deseo que tiene de que le amemos. De *suyo*, se hizo *nuestro*. Veámoslo, pero antes pidamos luces al Santísimo Sacramento y a la Madre de Dios.

I

El mayor privilegio de Dios, o por mejor decir, toda su esencia, es el ser *suyo*, esto es, existir por sí mismo y no depender de nadie. Todas las criaturas, por grandes y excelentes que sean, en último resultado, vienen a ser nada, porque cuanto tienen, tiénenlo de Dios,

que las creó y las conserva, de tal modo que, si Dios dejara un momento de conservarlas, dejarían al punto de existir y volverían a la nada. Dios, por el contrario, como existe por sí mismo, no puede dejar de existir, ni puede haber quien lo destruya o disminuya su grandeza, su poder, su felicidad. Dice San Pablo que el Eterno Padre entregó a su Hijo por nosotros. Y que el Hijo mismo se entregó por nosotros. Por lo tanto, Dios al darse a nosotros, ¿se habrá hecho nuestro? Sí — responde San Bernardo—; «el que era para sí ha nacido para hacerse nuestro». El Dios a quien nadie podía dominar, fue dominado, por decirlo así, por el amor, que lo venció y triunfó de El. *Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito* (Jn. 3, 16); y el mismo Hijo de Dios, por amor a los hombres, quiso entregárseles para ser amado por ellos.

De muchas maneras había Dios procurado cautivarse los corazones de los hombres, ya con beneficios, ya con amenazas, ya con promesas, sin llegar al éxito deseado. Su infinito amor, dice San Agustín, halló medio de que le amásemos, dándonos por completo en la encarnación del Verbo. Hubiera podido enviar a un ángel, a un serafín para rescatar al hombre; pero, como en este caso el hombre habría de dividir su corazón entre el Creador y el Redentor, Dios, que quería todo el corazón y todo el amor del hombre, quiso dárse nos como Creador y como Redentor, dice un piadoso expositor.

Y ahí lo tenemos, bajado del cielo, sobre la paja, trocado en niño, nacido por nosotros y dado completamente a nosotros. Que es lo que quiso precisamente indicar el ángel cuando dijo a los pastores: *Os ha nacido hoy... un Salvador* (Lc. 2, 2); como si dijese: Andad, hombres, a la gruta de Belén a adorar allí a

aquel niño que hallaréis reclinado en la paja de un pesebre, gimiendo y temblando de frío; sabed que es vuestro Dios, que no quiso enviar a nadie a salvaros, sino que quiso venir El mismo para atraerse de este modo vuestro amor.

Sí, para esto vino a la tierra el Verbo eterno, a conversar con los hombres para hacerse amar de ellos. ¡Qué honrado y venturoso se reputa el vasallo que escucha una palabra de confianza de su rey y recoge una sonrisa o una flor! Y ¡cuánto más si el rey lo distinguiese con su amistad, si lo sentara a diario a su mesa, si lo honrase con habitar en su propio palacio y quisiera tenerlo siempre cerca de sí!

¡Ah, Soberano Rey mío, queridísimo Jesús! Vos, que no podíais antes de la redención llevar al cielo a los hombres, pues les estaba cerrado por el pecado, bajasteis a la tierra a conversar con ellos y les llamasteis hermanos, dándoos a ellos por el amor que les tenéis. Sí — dice San Agustín—, este amorsísimo y misericordiosísimo Dios, por el amor que tenía al hombre, no sólo quiso darle sus bienes, sino también a si mismo.

Por lo tanto, es tal el afecto que este sumo Señor abraza hacia nosotros, miserables gusanillos, que sólo se satisface con dárseos por completo, naciendo por nosotros, viviendo por nosotros y hasta dando por nosotros sangre y vida, para aparejarnos un baño saludable y lavarnos de todos nuestros pecados. Pero, Señor — exclama el abad Guerric—, parece una inútil prodigalidad la que de vos mismo hacéis, por el gran deseo que tenéis de ser amado de los hombres. Y ¿cómo no? — añade—. ¿Cómo no ha de llamarse prodigo de sí mismo un Dios que, para recuperar al hombre, que había perdido, no sólo da cuanto posee, sino que se da a sí mismo?

Dice San Agustín que Dios, para cautivar el amor de los hombres, disparó muchas saetas de amor a su corazón. ¿Que cuáles son estas saetas? Cuantas criaturas vemos, por que todas las crió Dios por el hombre, para que éste le amase; por lo que concluye el mismo Santo: «El cielo, la tierra y todas las cosas me dicen que te ame». Hacíasele al Santo que el sol, la luna, las estrellas, los montes, las campiñas, los mares y los ríos le hablaban y le decían: Agustín, ama a Dios, que nos creó por ti, para que le amases. Santa Margarita Magdalena de Pazzi, cuando tenía en mano una escogida fruta o una hermosa flor, decía que la fruta aquella o aquella flor eran saetas disparadas al corazón, que la herían de amor hacia Dios, pues recordaba que Dios, desde toda la eternidad, había creado la flor o la fruta pensando en testimoniarle el divino afecto, para alcanzar el suyo. Santa Teresa decía, igualmente, que la beldad de las criaturas que contemplamos, playas, arroyuelos, flores, frutos, avecicas, todas nos reprochan nuestra ingratitud hacia Dios, pues todas son indicios del amor que nos profesa. Cuéntase también de cierto devoto solitario que, al atravesar los campos y toparse con florecicas o arbustillos, le parecía que le reprochaban su ingratitud hacia Dios, por lo que las sacudía suavemente con su bastoncillo, exclamando: Callad, callad, que ya os oigo; me echáis en cara mi ingratitud; me decís que os crió tan hermosas por mi amor y que no le amo; callad, que ya os oigo; basta, basta. Y así caminaba desahogando los afectos que le abrasaban el corazón al contemplar tan hermosas criaturas.

Sí; todas estas criaturas son saetas de amor al corazón del hombre, mas no se satisfizo Dios con estas saetas, que no juzgaba suficientes para conquistar nuestro

afecto: *Hizo de mí flecha aguzada; en su aljaba me escondió* (Is. 49, 2). Dice el cardenal Hugo, sobre este paso, que así como el cazador se reserva la mejor flecha para rematar a la fiera herida, así Dios, entre todos su dones, tuvo reservado a Jesucristo hasta que llegó la plenitud de los tiempos, en que lo envió como para herir con el postrer golpe de amor los corazones de los hombres. Jesús fue, por lo tanto, la flecha elegida y reservada, a cuyo golpe ya predijo David que habían de caer vencidos los pueblos enteros. ¡Oh, y cuántos corazones, heridos del divino amor, arden ante la gruta de Belén! ¡Cuántos a los pies de la cruz en el Calvario! ¡Cuántos ante el Sacramento de los altares!

Observa San Pedro Crisólogo que nuestro Redentor, para hacerse amar de los hombres, quiso tomar varias formas. Y, en efecto, pues aquel Dios, que es inmutable, se dignó aparecer como niño en un establo, como joven en un taller, como reo en un patíbulo o como pan en el altar. Plúgole a Jesús mostrársenos en tan variadas formas, siempre para expresarnos el amor que nos tenía. ¡Ah, Señor mío!, decidme: ¿hay algo más que inventar para haceros amar? Id, ¡oh almas redimidas! — exclamaba el profeta Isaías—, id por todo el mundo publicando las amorosas invenciones de este Dios amante, por El pensadas y ejecutadas para hacerse amar de los hombres, cuando, después de haberles dado tantos dones suyos, quiso dárselos a sí mismo, y dárselos de tantas maneras. «Si estás enfermo y quieres curar— dice San Ambrosio—, Jesús es el médico que te sana con su sangre; si estás aquejado de las llamas impuras de mundanos afectos, aquí tienes la fuente que con sus refrigerantes aguas te consuela; si, en suma, no quieres morir, El es la vida, y si quieres el cielo, El es el camino».

Y no sólo se dio Jesucristo a los hombres en general, sino que se dio también a cada uno en particular; que es lo que hacían decir a San Pablo: *Me amó y se entregó por mí* (Gal. 2, 20). Dice San Juan Crisóstomo que Dios ama a cada uno de nosotros como ama al género humano. Si, pues, en el mundo, hermano mío, sólo existieras tú, sólo por ti hubiera venido el Redentor y hubiera por ti derramado sangre y vida. Y ¿quién pudiera explicar, ni aun comprender, dice San Lorenzo Justiniano, el amor que este Dios enamorado tiene a cada uno de nosotros? Esta consideración provocaba la otra de San Bernardo hablando de Jesucristo: «Se me dio completamente, todo para mi utilidad». Y provocaba la otra consideración de San Juan Crisóstomo: «Se nos dio del todo, sin quedar con nada». Nos dio sangre, vida y a sí mismo en el Sacramento del altar, sin que le quedara ya nada que darnos. En efecto, dice Santo Tomás, después de habérsenos dado Dios mismo, ¿qué más le resta que darnos? Así es: después de la obra de la redención, Dios agotó sus dones y ya no puede hacer más para patentizarnos su amor.

II

Todos, por lo tanto, debiéramos exclamar con San Bernardo: Soy de Dios y a Dios me debo entregar, por haberme creado y dado el ser; pero, después de haberme entregado a El, ¿qué le habré de dar en justa correspondencia por haberseme dado a sí? No nos turbemos; basta con que entreguemos a Dios nuestro amor, que es lo que El desea. Los reyes de la tierra se glorían de poseer muchos reinos y riquezas; Jesucristo se satisface con el reinado de nuestro corazón, prin-

cipado que conquistó con su muerte en la cruz. Con las palabras «Sobre cuyo hombro está el principado» entienden muchos expositores sagrados, con San Basilio, San Agustín, San Cirilo y otros, las cruz que nuestro Redentor llevó sobre sus espaldas. Este Rey celestial — dice Cornelio Alávide — es un Señor muy distinto del demonio; el demonio sobrecarga las espaldas de sus súbditos; Jesucristo, por el contrario, carga sobre sí el peso de su principado, abrazándose con la cruz, en la que quiere morir para reinar desde ella en nuestros corazones. Añade Tertuliano que, así como los reyes terrenos llevan cetro y corona como distintivo de poder, Jesucristo llevó la cruz, trono donde subió para fundar el reinado de su amor.

Orígenes, hablando sobre el particular, dice: Si Jesucristo se dio por completo a cada hombre, ¿qué mucho hará el hombre en darse por entero a Jesucristo? Demos, pues, de buena voluntad nuestro corazón y nuestro amor a este Dios que para conquistarlo tuvo que dar su vida, su sangre y a sí mismo. *¡Si conocieses el don de Dios y quién es el que te dice! «Dame de beber»* (Jn. 4, 10) *¡Si conociese el alma la gracia que recibe de Dios y quién es el que le pide de beber!* *¡Si el alma comprendiera la gracia que Dios le dispensa suplicándole que le ame: Amarás al Señor tu Dios!* (Mt. 22, 37) Si un vasallo oyera al príncipe suplicarle que le amase, sola esta súplica bastaría para cautivar su corazón. Y ¿no nos cautivará un Dios que nos pide el corazón con estas palabras: *Dame, hijo mío, tu corazón?*

Pero Dios no quiere que le demos a medias el corazón, sino que lo quiere todo y por completo: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón*; de lo contrario, no queda satisfecho. Para este fin nos dio su sangre,

toda su vida y a sí mismo por completo, para que por completo nos demos a El y seamos suyos enteramente. Pues bien, sepamos que entonces daremos a Dios por completo el corazón cuando le demos toda nuestra voluntad, no queriendo en adelante sino lo que Dios quiera, que no será más que nuestro bien y nuestra felicidad: *Pues, ya sea que vivamos, para el Señor vivimos; ya sea que muramos, para el Señor morimos. Tanto, pues, si vivimos como si morimos, del Señor somos. Pues para esto Cristo murió y retornó a la vida, para que así de los muertos como de los vivos tenga señorío* (Rm. 14, 8-9). Jesús quiso morir por nosotros; no pudo hacer más para conquistarse nuestro amor y para ser el dueño único de nuestro corazón, por lo que de hoy en adelante habemos de hacer saber al cielo y a la tierra, en la vida y en la muerte, que ya no nos pertenecemos, sino que somos tan sólo y únicamente de Dios.

¡Ah, cuánto desea Dios ver y cuánto ama el corazón que es todo suyo! ¡Qué amorosas finezas dispensa Dios y qué bienes, delicia y gloria en el paraíso al alma que es toda suya!

El venerable P. Juan Leonardo de Sétera, dominico, vio cierto día a Jesucristo que andaba, a guisa de cazador, por los bosques terrenos con un dardo en mano; preguntole el siervo de Dios qué es lo que hacía, y Jesús le respondió que andaba a caza de corazones. ¡Quién sabe, pienso yo, si el Niño Jesús en esta novena no conseguirá herir y cautivar algún corazón tras del que haya andado a caza, sin haberlo hasta ahora podido herir ni conquistar!

Almas devotas, si Jesús se adueña de nosotros, nosotros, a nuestra vez, habremos conquistado a Jesús, y el cambio nos será ventajoso. Teresa —dijo un día

el Señor a esta Santa—, hasta ahora no has sido toda mía; pero ahora que lo eres, sábetelo que yo soy todo tuyo. San Agustín llama al amor *lazo* que une al amante con el amado. Dios está anheloso de ligarse y unirse a nosotros, pero para ello se necesita que nosotros nos unamos a Dios. Si queremos que Dios se entregue por completo a nosotros, es necesario que también nosotros nos entreguemos del todo a él.

Afectos y súplicas

¡Cuán feliz sería si en adelante pudiera siempre decir con la Esposa de los Cantares: *Mi amado es mío y suya yo*. Mi Dios, mi amado, se me ha entregado por completo; razón es que yo me entregue del todo a mi Dios y diga siempre: *¿Quién sino tú hay para mí en los cielos? Y si contigo estoy, la tierra no me agrada... Roca y parcela mía Dios por siempre* (Sal. 72). ¡Querido Niño mío, mi querido Redentor!, ya que bajasteis del cielo para daros todo a mí, ¿qué habría yo de desear en el cielo ni en la tierra fuera de vos, que sois el sumo bien, el único tesoro, el paraíso de las almas? Sed, pues, el único dueño de mi corazón y poseedlo por completo. Que sólo a vos obedezca mi corazón y no procure agradar más que a vos. Que sólo os ame mi alma y sólo seáis mi patrimonio. Procuren otros los bienes y fortunas de este mundo y en ellos se gocen, si es que hay gozo fuera de vos, que yo sólo os quiero a vos como fortuna mía, mi riqueza, mi paz, mi esperanza en esta vida y en la eternidad. Aquí tenéis mi corazón; os lo doy sin reserva, y desde ahora ya no es mío, sino vuestro. Así como al entrar en el mundo ofreciste al Eterno Padre y le diste toda vuestra voluntad, como nos hiciste saber por David: *Del*